

Contra la desmemoria

Desventuras de la Teoría del Desarrollo

A propósito de:

Robert L. TIGNOR

W. Arthur Lewis and the Birth of Development Economics

Princeton, Princeton University Press, 2006, 315 pp.

El tiempo no ha sido demasiado generoso con las aportaciones y autores que en su día nutrieron la teoría del desarrollo. El paso por el cuadro de celebridades del pensamiento económico de los principales representantes de esa tradición resultó ser, al cabo, tan refulgente como fugaz. Analistas que en su día disfrutaron de una bien merecida reputación y cuyo nombre se asociaba a sugestivas contribuciones a la dinámica económica, permanecen hoy en el más radical de los olvidos. No importa que algunos de ellos —como Lewis o Myrdal— hubiesen recibido el Nobel de Economía, ni que otros —como Rosenstein-Rodan o Hirschman— hiciesen iluminadoras contribuciones que todavía ayudan hoy a interpretar la situación de los países en desarrollo. Su pretérita reputación no les protegió del proceso de desplazamiento que unos y otros sufrieron respecto a la corriente dominante del pensamiento económico. Hasta el punto de recluirlos en la galería de ilustres, pero marginales, figuras, cuyo estudio parece reservado a nostálgicos o a eruditos, pero de los que poco saben las jóvenes generaciones de economistas.

Explicar tan anómala trayectoria obliga a apelar a una diversidad de razones, algunas relacionadas con la sociología de la ciencia, otras con el método predominantemente seguido por la teoría del desarrollo. El primero de los aspectos hace referencia al espíritu doblemente crítico que animó a buena parte de estos autores. Críticos, en primer lugar, con una realidad internacional en la que se hacía presente la abismal fisura que dividía al mundo desarrollado del mundo en desarrollo, en un momento en que buena parte de los países pobres emergían a la condición de Estados independientes. Trataron de entender el subdesarrollo y, en muchos casos —Lewis entre ellos—, de prestar su apoyo y conocimientos a la causa de la descolonización, apoyando a los nacientes gobiernos y a sus estrategias de desarrollo. Y críticos, también con una forma de hacer la Economía, finalmente convertida en dominante, que aparecía gobernada por el esfuerzo de someter las relaciones objeto de análisis a los simplificadores supuestos que exigía su traducción al lenguaje formal de las matemáticas. Frente a ello, una buena parte de los autores de la teoría del

desarrollo se sintieron herederos de la abarcadora visión de los clásicos, reivindicando un enfoque holístico en el que se integraba lo económico con otras dimensiones de lo social.

En consecuencia, se plantearon grandes preguntas, a las que no siempre pudieron responder de manera convincente. Su excesiva ambición intelectual se convirtió, al cabo, en un factor que debilitó su propia propuesta intelectual. La singularidad de su enfoque y de alguna de sus herramientas analíticas encajaba mal con los propios del cuerpo central de la teoría económica, empeñado en acotar el análisis y de dotar de fundamentación macroeconómica a la conducta atribuida a los agentes económicos. Abrumados por la complejidad de su enfoque, los autores de la teoría del desarrollo recurrieron, de forma dominante, a las posibilidades expresivas que les ofrecía el lenguaje literario para argumentar sus hipótesis. Como consecuencia, los textos ganaban en capacidad de sugerencia, pero al coste de dificultar la traducción de sus propuestas a hipótesis consistentes y contrastables. Visto desde la perspectiva del presente, no cabe duda de que aquella fue una mala opción. Krugman lo manifestó con su habitual desparpajo al señalar que el fracaso de la teoría del desarrollo para conformar parte del núcleo central del pensamiento económico se debía a su incapacidad para traducir sus ideas en buenos “modelos económicos”. Al fin, en Economía “para que una idea pueda tomarse en serio tiene que ser modelizable”, señaló.

Cualquiera que sea la opinión que merezca esta sentencia de Krugman, es preciso reconocer que la capacidad de precisión y la potencia lógica que tiene la matemática son difícilmente alcanzables por el lenguaje verbal; y el contraste empírico, en una ciencia aplicada como la Economía, se conforma como una condición necesaria para comprobar nuestras hipótesis y asentar un proceso continuado de progreso científico. Ni uno ni otro aspecto fueron debidamente considerados por la teoría del desarrollo. Con ello, la tradición del desarrollo perdió peso respecto a la alternativa con la que pretendía rivalizar en la explicación de la dinámica económica: la teoría del crecimiento. El modo de construir sus hipótesis de esta última disciplina, a través de la elaboración de modelos y de su posterior contraste empírico, fue la que finalmente se impuso como dominante en el pensamiento económico. Pasado el tiempo, la diferencia es manifiesta: mientras un libro de desarrollo de los años sesenta se percibe en la actualidad como obsoleto, producto de un modo vetusto de hacer Economía, los artículos de crecimiento de aquella misma época, si bien más simples que los actuales, superan bastante bien el paso de los años.

La consecuencia de todo ello fue la progresiva marginación de la teoría del desarrollo a espacios marginales de la doctrina, hasta su virtual desaparición de los programas formativos de los economistas al calor de la oleada neoliberal de los años ochenta del siglo XX. Lo malo es que con semejante desplazamiento se ahogaron en el olvido iluminadoras intuiciones que, en su día, habían tenido los teóricos del desa-

rollo. Algunas de ellas, aunque presentadas de forma manifiestamente mejorable, constituyen aportaciones relevantes para entender la dinámica económica. Su reiteración, por ejemplo, en la existencia de indivisibilidades en la inversión, abrió espacio a la consideración de sendas no lineales y múltiples equilibrios en el proceso de crecimiento; su atenta consideración a las externalidades en la actividad productiva permitió que se contemplase la emergencia de fenómenos acumulativos en la dinámica económica; o, en fin, su interés en el cambio estructural permite considerar cómo el cambio en la composición del *output* no es sólo una consecuencia del desarrollo, sino también una variable que influye potencialmente sobre aquél. Se trata de hipótesis importantes, que sólo hoy, casi cinco décadas después de cuando fueron formuladas, se están recuperando para someterlas a depuración lógica, a través de su más cuidada modelización, y a su posterior contraste empírico. Admitir el valor de aquellas intuiciones forma parte del reconocimiento obligado de quien considera el progreso científico como una empresa colectiva.

Lewis: nadando contra corriente

La vida de Lewis, a la que se dedica el libro de Tignor, constituye un buen exponente de cuanto se ha dicho. Nacido en una pequeña isla de El Caribe, Santa Lucía, en 1915, Lewis fue uno de los teóricos del desarrollo que gozó de mayor reputación y más amplio reconocimiento en su tiempo. Fue autor de uno de los manuales más elogiado y difundido sobre el proceso de desarrollo —*The Theory of Economic Growth* (1955)—, profesor de prestigiosas universidades, como la *London School of Economics* y las de Manchester, en el Reino Unido, o Princeton, en Estados Unidos. Administrador y Vicerrector de la Universidad de las Indias Occidentales, fue asesor de la Administración Colonial Británica, del gobierno de la recién independizada Ghana y autor de una buena colección de estudios sobre economía, historia, discriminación racial y desigualdades sociales. Persona clave en el frustrante proceso de independencia de las Indias Occidentales, en 1979 recibió el premio Nobel de Economía, compartido con Theodore Schultz. No obstante, pese a su fecunda trayectoria y a su pasada notoriedad, Lewis ocupa hoy un lugar subsidiario en la memoria de los economistas.

Los méritos de Lewis no se limitan al ámbito profesional. Su vida está plagada de ejemplos que ilustran el sentido de responsabilidad y el coraje moral con los que se enfrentó a un mundo en el que, en cambio, todavía estaban muy presentes la discriminación racial, las desigualdades sociales y la opresión colonial. A combatir estas tres manifestaciones de injusticia dedicó Lewis buena parte de sus esfuerzos y de su trabajo intelectual.

Lewis inició su educación en Santa Lucía, en un marco de rígida influencia colonial británica, que habría de alimentar los sentimientos independentistas de figuras como Eric Williams en Trinidad, Grantley Adams en Barbados, Norman Manley en Jamaica o Cheddi Jagan en la Guayana Británica. Aunque pudiera compartir alguno de sus postulados nacionalistas, acaso atemperados, Lewis nunca se sintió parte de este núcleo de orientación más política. A lo largo de toda su vida se consideró un analista que ofrecía su conocimiento técnico, riguroso y adecuadamente fundamentado, para el mejor ejercicio de las decisiones públicas. Se sintió siempre un producto de la Ilustración; y juzgó, quizá inocentemente, que con el mero ejercicio de la razón podía influir en el curso de los acontecimientos. Este supuesto está en la base no sólo de las decisiones, sino también de buena parte de las frustraciones que acompañaron su itinerario vital.

En 1933, Lewis se desplaza a la *London School of Economics*, entonces dirigida por William Beveridge, para seguir sus estudios de comercio. Pese a tratarse de un centro de excelencia, Lewis destaca como alumno desde su primer año. Allí mismo cursa sus estudios de doctorado, a partir de 1937, beneficiándose de la actividad docente e investigadora de un mítico cuadro de profesores, en el que figuraban nombres como John Hicks, Lionel Robbins, Nicholas Kaldor, Friedrich Hayek, Ray Allen o Arnold Plant, que fue el primer tutor de Lewis.

Dada su procedencia y formación, al acabar los estudios de grado, Lewis intentó incorporarse a la Oficina Colonial Británica, para alcanzar un destino en las propias Indias Occidentales, de donde venía. No obstante, no existía precedente de un puesto de responsabilidad en la Oficina Colonial ocupado por una persona de raza negra; y a Lewis se le negó esa posibilidad. Ahí empezó para Lewis una lucha sorda en contra de la discriminación racial que le acompañó a lo largo de toda su vida. Si repasamos el registro de puestos que alcanzó, no cabe sino juzgar su combate como aceptablemente exitoso: fue el primer profesor negro de la *London School of Economics* y lo fue también, una década después, de las universidades de Manchester y de Princeton; fue el primer Vicerrector afrodescendiente de la Universidad de las Indias Occidentales y el primer economista negro que recibió el premio Nobel de Economía.

Pese al disgusto que le ocasionó en su momento, el rechazo que recibió por parte de la Oficina Colonial sirvió, al cabo, para que Lewis orientase sus capacidades, de manera provechosa, hacia la vida académica. Una vida académica que empezó como profesor en la *London School of Economics*, nada más terminar su doctorado, mereciendo un comentario de Hayek cargado de admiración por su competencia y dedicación a las tareas docentes. Fue en este mismo centro donde complementó los cursos que impartía sobre economía internacional, con otro referido expresamente a *economía colonial*, una materia que empezaba a ser cultivada en diversas universidades británicas. En 1948, Lewis fue contratado por la Universidad de Manchester, donde

ejerció como profesor durante siete años, en una de las etapas más creativas de su vida investigadora. De este período son dos de sus principales y más citados productos intelectuales: en primer lugar, su artículo "Economic Development with Unlimited Suppliers of Labour", que publica en la revista *Manchester School*, en 1953; y su libro *The Theory of Economic Growth*, cuya primera edición es de 1955. En estos trabajos plantea algunas de las claves para interpretar el proceso de desarrollo, que aparecerán unidas a su nombre en la literatura especializada. En concreto, la caracterización de los países en desarrollo como economías duales, en donde existe un sector tradicional con excedente de mano de obra que puede ofertar al sector moderno con limitados costes en términos de productividad, dando origen a una contención de las retribuciones salariales en este último sector y facilitando su proceso de acumulación y crecimiento. Este planteamiento de Lewis le llevará en su momento a mantener una agria polémica con Schultz, con quien después compartiría, sin embargo, el premio Nobel.

Durante su estancia en el Reino Unido, Lewis mantiene una estrecha relación con un segmento amplio de intelectuales, que lo relacionan con la Sociedad Fabiana y círculos cercanos al Partido Laborista, con los grupos de emigrantes provenientes de las Indias Occidentales, incluidos los grupos independentistas, con los grupos panafricanistas que nutrirán las elites políticas de la independencia africana y con la *League of Coloured Peoples*, un grupo reformista de procedencia mayoritariamente caribeña que promovía la igualdad racial bajo el suave y estimulante liderazgo del Dr. Harold Moody. Esta mención de sus relaciones da cuenta de lo que serán, desde sus inicios, las preocupaciones básicas que alientan el compromiso público de Lewis: la lucha contra el colonialismo, contra la discriminación racial y contra la desigualdad social. No obstante, su compromiso está teñido de un tono reformista, más que radical: es una persona que trata de contribuir al cambio desde el propio seno del sistema. Tomará distancia, pues, de los nacionalistas radicales y de los marxistas, en la primera etapa de su vida; como lo hará después respecto de los partidarios del *black power*, cuando resida en Estados Unidos.

Ese mismo espíritu reformista es el que inspira sus propuestas económicas. Su posición está a medio camino entre el libre mercado y la rígida planificación. Como Keynes, acepta que el mercado puede conducir a equilibrios que no comporten un óptimo social, pero se distancia de quienes piensan que la acción del Estado puede sustituir el cálculo económico y la iniciativa privada. Considera el esfuerzo programador tanto más necesario en el caso de los países en desarrollo, al objeto de concentrar su capacidad transformadora en generar industria, promover la educación, estimular el desarrollo agrario y construir infraestructuras. Estos objetivos formarán parte de las recomendaciones que Lewis hará como primer asesor económico del gobierno de Ghana, a mediados de los años cincuenta.

Pese a no entrar en la Oficina Colonial, Lewis fue llamado a participar como consultor o como vocal experto en diversos comités encargados de estudiar la evolución económica de las colonias. Es el caso, por ejemplo, del *Committee for the Post-War Reconstruction of the Colonies*, en 1941, del *Colonial Economic Advisory Committee* (CEAC), a partir de 1942, y del *Colonial Economic Development Council*, desde 1947, todos ellos instancias pertenecientes a la Oficina Colonial. Y también formó parte de la *Colonial Development Corporation*, una institución semioficial que trataba de fomentar la inversión en las colonias. Su experiencia en este ámbito fue más bien mixta: ya que si bien se le reconocía la calidad de sus análisis, se estaba muy lejos de admitir sus recomendaciones. El problema residía en la radical discrepancia de Lewis respecto a buena parte del cuerpo colonial británico. Mientras éstos se inspiraban en un pensamiento liberal que buscaba mantener la especialización comercial de las colonias en productos primarios, Lewis era un firme partidario de alentar la industrialización a través del recurso a la programación económica.

A mediados de la década de los cincuenta parecía que se le abría a Lewis la posibilidad de poner en práctica sus ideas. Uno de los líderes más carismáticos de la primera generación de independentistas africanos, Kwame Nkrumah, que iba a ser presidente de Ghana, le solicitó a Lewis que se incorporase a la experiencia preparatoria de la independencia en calidad de primer asesor económico. Entre 1957 y 1959, Lewis trabajó en Ghana en la preparación del Primer Plan de Desarrollo, de cinco años. Posteriormente, se le volvió a pedir a Lewis asesoramiento con motivo del Segundo Plan, de siete años, y de la evaluación del gigantesco Proyecto del Río Volta. Tampoco esta experiencia fue enteramente grata para Lewis y, aunque fue contratado por dos años, no llegó a cumplir el período encomendado, supuestamente por terminar antes su tarea. La realidad es, sin embargo, que Lewis se sintió postergado, al comprobar que su criterio era desconsiderado en beneficio de factores políticos, algunos de ellos difícilmente coherentes desde el punto de vista económico. Como señala Tignor, acaso quepa atribuir a Lewis una cierta inocencia política al pensar que el sólo ejercicio de la razón —la razón económica— bastaba para inspirar las decisiones públicas. La realidad fue, sin embargo, muy distinta, no sólo por los errores de Nkrumah, sino también por su comprensible afán de mantenerse en el poder en un entorno de una institucionalidad frágil y de conflictos étnicos latentes que acompañaron la andadura política de Ghana en aquellos años.

Decepcionado con esa experiencia, Lewis decidió retornar al ámbito académico, si bien asumiendo tareas directivas, como Gerente, primero, y Vicerrector, después, de la Universidad de las Indias Occidentales. Se trataba de una de las iniciativas de mayor interés de las Indias Occidentales, que pretendía formar una elite de profesionales en las islas capaces de dirigir los destinos políticos de las islas. En el ejercicio de su responsabilidad, Lewis hubo de enfrentarse a dos fuerzas igualmente des-

tructivas. La primera, la de sus propios colegas, los profesores de la Universidad, muchos de ellos procedentes del Reino Unido, que reclamaban unas primas cuantiosas para justificar su residencia en El Caribe. Mantener esos salarios se hacía incompatible con las limitadas finanzas de una Universidad que era sostenida por las propias islas y por la Administración colonial británica. Más importante fue, sin embargo, la resistencia de alguna de las islas a mantener la Universidad como un proyecto colegiado. A comienzos de los años sesenta, alguna de las islas, especialmente las más grandes —Jamaica o Trinidad y Tobago— empezaron a hacer explícita su voluntad de independizarse del Reino Unido, constituyendo un Estado al margen del resto. Lewis, sin embargo, era partidario de mantener la Federación de las Indias Occidentales, de la cual la Universidad sería un exponente. Pese a su implicación en el proceso, Lewis sufrió una nueva decepción por el comportamiento oportunista e interesado de los políticos de turno.

Por ello no es extraño que viviese como un verdadero alivio la invitación de la Universidad de Princeton, en 1962, para incorporarse a su cuadro de profesores. En Princeton, Lewis encontró el entorno adecuado para desplegar una segunda etapa de intensa vida académica e investigadora, solo interrumpida por su breve paso al frente del recién creado Banco de Desarrollo del Caribe. En esta segunda etapa creativa, Lewis dio a la luz otras dos de sus obras más referenciadas, en este caso orientadas al estudio de la historia económica. Se trata de las Janeway Lectures impartidas en Princeton, *The Evolution of the International Economic Order*, publicada en 1978, y del libro publicado en ese mismo año *Growth and Fluctuations*. Además, en ese período Lewis estudió los efectos de la discriminación racial, dando origen a diversas obras, entre las que destaca *Racial Conflict and Economic Development* o *The Economics of Racial Inequality*, ambas de 1985.

En junio de 1991, Lewis moría en su casa de verano de Barbados, tras una vida activa que se desarrolló entre la investigación, la asesoría política y la responsabilidad pública. Un compañero de Princeton, Bowen, señaló como rasgos característicos de Lewis “su decencia y dignidad”: rasgos que parecen haber presidido su trayectoria vital.

En su libro, Robert L. Tignor reconstruye con cuidadoso detalle las diversas etapas por las que atravesó la vida de este importante economista. Con el afán de un historiador, Tignor reconstruye el entorno en el que se desarrolló el trabajo de Lewis, el momento que le tocó vivir y la posición que adoptó ante los problemas que definían sus principales preocupaciones. Como colega de Princeton, Tignor narra con admiración el vigor intelectual y moral de Lewis, pero no por ello cae en la hagiografía: a lo largo de sus páginas es capaz de apuntar sus potenciales errores, su ingenuidad política, así como la polémica que desató alguna de sus obras. Se trata, en todo caso, de una biografía que se centra en el itinerario profesional de Lewis, en

su vida y en su obra, pero sin entrar a fondo en la exploración de sus aportaciones intelectuales: una tarea que queda para otro potencial biógrafo. Lewis vivió un decisivo momento de cambio en el orden internacional y él mismo fue un importante protagonista de ese proceso de cambio: Tignor nos ayuda a comprender el momento y el personaje. Un buen antídoto frente a la desmemoria.

José Antonio Alonso Rodríguez
Universidad Complutense de Madrid